

de un elemento fecundo en perturbaciones, la Iglesia se dedicaba á esparcir por una parte la simiente del Evangelio en las comarcas septentrionales, que todavía no le habian recibido, y por la otra se esforzaba en mejorar las costumbres, en destruir las prácticas supersticiosas y en perfeccionar las instituciones en los países donde su dominio estaba sólidamente establecido. Cada año excomulgaba solemnemente á los mágicos, á los perjuros, á los incendiarios, á los ladrones y á los facinerosos; prohibía la piratería, y desaprobaba altamente las ordalias, los duelos judiciales y aun los torneos.¹

Pero lo que la Iglesia consideró siempre como uno de los principales objetos de su mision divina, lo que puso en el primer lugar de sus solicitudes y sus cuidados, fué el patronazgo de la debilidad, de la miseria y del sufrimiento. En esto se reconoció especialmente, como lo habia dicho Jesucristo, la diferencia que debia existir entre el espíritu cristiano y el espíritu pagano. Este, cortesano solícito del poder y de la fortuna, no sintió nunca simpatías por la debilidad y la indigencia; aquel, por el contrario, adversario declarado del malo aun en medio de sus triunfos, tuvo siempre entrañas maternales para todas las víctimas infortunadas del mal. Apenas nace la Iglesia cuando ya ejerce su tutela maternal, y acude al socorro de todo lo que habia sido desdeñado, rechazado, maltratado durante los tiempos de anarquía moral, bajo el reinado de la fuerza material. A medida que su poder se aumenta, su proteccion bienhechora se estiende tambien proporcionalmente. Tan abundantes eran las limosnas que se hacian entre los primitivos cristianos, que la pobreza habia desaparecido de en medio de ellos. Muy pronto se organizó el servicio de los indigentes y de los enfermos: los diáconos, las diaconisas y las viudas se consagraron á él; cada iglesia formaba un fondo considerable para subvenir á las necesidades de los desgraciados: se les auxiliaba en sus domicilios ó en las casas de

¹ Véase Hurter, *Cuadro de las instituciones de la Edad Media*, tom. III, pág. 223.

caridad. ¡Ni á los mismos paganos se excluía de estos auxilios y liberalidades! Así lo atestigua lleno de confusion Juliano el Apóstata cuando previene á Arsaces, pontífice de Galatia el establecer á imitacion de los galileos, hospitales y contribuciones para los pobres. Las miserias de la infancia no habian sido tampoco olvidadas. Esas desgraciadas criaturas cuya muerte, venta ó esposicion autorizaba el paganismo, esos pobres huérfanos que él abandonaba, eran recogidos en los *Brephotrophium* y en los *Orphanotrophium*. En ninguna parte, en fin, donde la Iglesia aparecia dejaba de hacer germinar por una fecundacion, cuya virtud ella sola poseia, una multitud de instituciones caritativas. Debido á sus inspiraciones y á sus cuidados, la Europa se cubrió prontamente de casas santas donde todas las aflicciones encontraron refugio y toda clase de alivios y consuelos.

Con todo, no era bastante el haber proporcionado socorros á los sufrimientos físicos; los sufrimientos morales y sociales reclamaban tambien remedio. Cerca de tres cuartas partes del género humano nacia privados de su libertad y de su personalidad; estaban reducidos por la esclavitud á la condicion de cosas: en la familia, la esposa y el niño que debia haber protegido el matrimonio, estaban abandonados, sin defensa, á los caprichos de un poder despótico. Era necesario restablecer á la humanidad en la posesion de su verdadera ley: así, pues, la Iglesia, despues de haber erigido en principio la igualdad y la fraternidad de los hombres, procuró sin cesar el hacerlas pasar á las costumbres. Ella aconsejó, favoreció, realizó por sí misma la emancipacion de los esclavos; dulcificó la suerte de los siervos concediéndoles grandes inmunidades; abrió asilos de libertad en las clases de su gerarquía y en sus claustros, y desde el siglo duodécimo proclamó felizmente, por la boca de uno de sus soberanos pontífices, Alejandro III, la manumision universal de los cristianos.

Al mismo tiempo la Iglesia reducía el poder paternal y

conyugal á sus verdaderos límites: el niño venia á ser un depósito sagrado confiado por el cielo, y del que no era permitido disponer discrecionalmente: la esposa era la compañera inseparable y no la esclava ó el juguete de los caprichos del esposo; el matrimonio quedaba elevado á la dignidad de sacramento; y ni la poligamia ni el divorcio, debian ya profanarlo ni envilecerlo. Las pasiones temblarán de este freno saludable; se sublevarán contra estas leyes santas; el sexo fuerte intentará todavía abusar del sexo mas débil; pero todo será en vano: como la desgraciada Ingelburga, la mujer oprimida llamará á Roma en su socorro, y Roma oirá su voz, acudirá á librarla, amenazará á sus opresores, y desafiando su furor les herirá con sus rayos, prefiriendo el riesgo de verse abandonada de los imperios á dejar tocar siquiera la piedra angular de las sociedades. Por esta firmeza santamente heroica, la Iglesia nos conservará toda la dignidad y todos los goces puros de la familia cristiana; impidiendo que la vida nos llegue mancillada por las venas de una esclava, en vez de llegarnos generosa por el corazón de una mujer libre: sin ella, según la enérgica expresión del P. Lacordaire, nosotros seriamos turcos y no francos.

Pero además de estas desgraciadas y deplorables víctimas de la suerte, de la injusticia de los hombres ó de las imperfecciones sociales, hay otras que no parecen dignas de ningún interés y por las cuales la antigüedad tuvo muy poca compasión: tales son los desgraciados que abusando de su libertad para el crimen, han visto de repente armarse contra ellos á las furias vengadoras de los remordimientos ó de la expiación legal. ¿Se les abandonará sin recursos? ¿perecerán en los tormentos de la desesperación y en las torturas del suplicio sin que una voz amiga derrame en su corazón algún bálsamo? No; en todos los hombres, por perversos que sean, la Iglesia reconoce siempre á sus hijos. Sin temor, pues, de ensuciar su ropaje inmaculado y sabiendo distinguir entre el crimen y el criminal, á ejemplo del Buen Pastor, irá á bus-

car por todas partes á la oveja descarriada para cargarla sobre sus hombros y traerla al redil: ella osará penetrar hasta los mas profundos calabozos para sostener y consolar á los desgraciados que gimen en ellos; y cuando deba caer bajo el hacha de la ley una cabeza culpable, allí estará en la persona de sus ministros, y le dará el ósculo de despedida y de paz haciéndole oír palabras de esperanza y de perdón.

Ingeniosa y solícita para remediar las consecuencias funestas del mal, la Iglesia no se mostró menos celosa para prevenirlas: su ardor fué grande en difundir, recordar y hacer practicar sus preceptos morales y sociales. Ella no ha cesado de recomendar á todos los hombres, la caridad, la abnegación, la continencia, la dulzura, la paciencia, el perdón de las injurias, y en una palabra, las mas excelentes virtudes; exhortándolos al mismo tiempo á huir del orgullo, del egoísmo, de la concupiscencia, de la intemperancia, á combatir por último, todo desarreglo de las pasiones. Demasiadas veces, ¡por desgracia! su voz maternal ha sido desoída; demasiadas veces el principio del mal, aumentando sus estragos ha causado á la Iglesia el dolor de ver debilitarse la fé y relajarse las costumbres; pero centinela vigilante de la ciudad santa, depositaria incorruptible del precioso tesoro que le habia sido confiado, en el día en que el peligro la amenazaba, ella se levantaba con su fuerza divina, abría los labios de sus pontífices, convocaba sus concilios generales y haciendo resonar sobre la tierra los oráculos del cielo, fijaba el dogma, fortalecía la disciplina y hacia reflorar la moral.

Así es cómo la Iglesia, hija de la cruz, á pesar de las persecuciones, de los obstáculos, de los peligros de todo género que se le han opuesto, obedeciendo la orden de su divino Fundador, se ha extendido entre los pueblos, y sin apartarse jamás del objeto sublime de su misión, los ha instruido, bautizado y gobernado con la autoridad y en el nombre de Aquel que únicamente podía reconstituir en la tierra la sociedad moral. Sus mismos enemigos no han podido rehusarle un tri-

buto de admiracion; y no solamente es un libro, como decia el conde de Maistre, el que ha podido hacer elogios concedidos por los protestantes, sino una biblioteca entera desde que sabios y numerosos escritores tales como Voigt, Hurter y Ranke se han visto obligados por estudios concienzudos, por la evidencia de la verdad y por la buena fé, á convertirse en apologistas de la Iglesia: conforme á la prevision del Profeta; *Salutem ex inimicis nostris, et de manu omnium qui oderunt nos.*

CAPITULO XXXI.

Influencia del gobierno de la Cruz en las sociedades temporales.

Mientras mas perfecto es un ideal, mas difícil es realizarle en las instituciones de la tierra. El mundo está todavía muy lejos de haber llegado á la edad completa de Cristo, y largos siglos transcurrirán probablemente antes de que llegue. Sin embargo, desde la Encarnacion del Verbo ha sufrido modificaciones tan profundas, que la historia, á partir desde esta fecha, toma un carácter enteramente nuevo, se transforma visiblemente. Aunque la humanidad, antes de Jesucristo, hiciese progresos en el orden material, se la ve descender constantemente en la pendiente de la decadencia moral: despues de Jesucristo está animada de un principio de vida que no se le conocia, principio que la estimula sin cesar, no dejándole ni descanso ni tregua, é imprimiéndola un impulso enérgico hácia todos los géneros de perfeccion, y sobre todo hácia la perfeccion moral. Este hecho, que no puede ponerse en duda, indica suficientemente cuán poderosa es la influencia que,

emanada del Redentor, se ha ejercido en nuestros destinos terrestres. Pero importa apreciar en su justo valor esta influencia, determinar su naturaleza, su marcha y sus efectos, á fin de darle lo que le pertenece y no confundirla con otra cosa que no sea ella. Descompongámosla y distingámosla de dos maneras, es decir, en directa é indirecta. La influencia directa es la que nace del mismo Evangelio, y que se produce sobre los individuos por la práctica inmediata de sus preceptos: la influencia indirecta es la que se ejerce sobre la sociedad humana, obligada á modificarse por el progreso de las costumbres individuales.

Nadie ignora la accion rápida y maravillosa del cristianismo sobre los individuos que se decidieron á adoptarlo por regla de su conducta. En medio de los desórdenes del paganismo, se la vió manifestarse repentinamente en el heroismo de los mártires, y brillar en la virtud de los santos. La Edad Media á pesar de su barbarie, produjo hombres que fueron verdaderos prodigios de perfeccion moral. Una doctrina, pues, que por sí misma puede, á pesar de la corrupcion de los hombres y cualesquiera que sean su edad, su condicion, su sexo, su grado de inteligencia y la época en que vivan, elevarlos al mas alto grado de virtud á que es dado llegar á la humanidad, es evidente que descansa sobre bases verdaderamente perfectas. Tal honor pertenece únicamente al cristianismo: jamás las otras religiones ni la filosofía han podido crear como él, esos ángeles de abnegacion, de sacrificio, de caridad sublime á quienes se da el dictado de *santos*. Para caracterizar la influencia del cristianismo en el mundo, bastaria demostrar los maravillosos efectos que ha producido en las almas que le han abrazado sinceramente: desprendido de este modo de los elementos estraños que le complican apareceria en toda su belleza y heriria mas vivamente las miradas. El cristianismo no es una fuerza que se impone sino que se propone á las voluntades libres, ofreciéndoles preceptos y auxilios que ellas, segun les place, aceptan ó rechazan. Su accion